

Luis Durand.

Impresión galdosiana



L iniciar estas líneas, debo confesar que nunca he leído ningún estudio crítico acerca de la obra de Galdós. Escribo pues, dejándome guiar por la lectura de sus libros y por la impresión que dejaron en mi ánimo. Y experimento un placer tan grande, como el de aquella persona a quien le han hecho un favor muy señalado y puede, de pronto, demostrar su gratitud en forma efectiva, al decir en esta ocasión que pocas veces un escritor me ha proporcionado un gozo más completo y total, que el de leer, a veces con moroso deleite y, otras, presa de excitada y vehemente curiosidad, las páginas cálidas, efusivas y palpitantes de verdadera vida como son las que escribiera Pérez Galdós.

Apenas se abre un libro de Galdós, el lector siente que se incorpora a un mundo real y efectivo. Envuelto en una atmósfera vital; mezclado con los personajes que aparecen en el relato, comienza a padecer y a gozar con ellos. Y absorbo, cogido entre la poderosa red de acontecimientos que van desarrollándose con esa naturalidad simple e inexorable que tiene la vida, experimenta de pronto la sensación de que el novelista dejó allí su aliento, como un soplo mágico y eterno, para incorporarlo a ese mundo que no tiene de ficción sino la belleza artística, que le infundió su creador. O sea quien reflejó a través de su sensibilidad lo que vió y entendió de la existencia que un día se agitó junto a él

Como esos fenómenos simples y naturales que vemos operarse en la existencia de las cosas vivas y animadas, Galdós coge de todos los ángulos de la vida un motivo cualquiera y le infunde su poderoso aliento creador. Es como las plantas que extraen los jugos de la tierra para transformarlos en flores y frutos. La substancia oscura y caótica se transforma en su corazón de escritor en vida organizada que tiene un destino, una función, un valor y una fuerza en acción. Las novelas de Galdós reflejan una realidad expuesta sin afeites, sin argucias literarias, ni recursos retóricos. El novelista no miró de lejos a sus personajes sino que se metió dentro de ellos, participándoles su propia vitalidad y su impulso espiritual.

De este modo Galdós identifica al lector con el alma española. Con su arrebatada exaltación y su generosa angustia. Vemos a cada uno de sus héroes tal como es. Poseídos por ruines pasiones o impulsados por un anhelo superior que jamás se desprende de las características esenciales que les infunde el medio en que actúan. Tanto en los «Episodios Nacionales» como en sus demás obras de creación artística en las cuales no lo guía otra finalidad que la de pintar la vida con sus diversos matices emocionales, encontramos siempre al hombre de sentimiento que jamás olvida a los seres reales que le sirven de modelo. No es el taumaturgo que trata de asombrar a un público valiéndose de recursos artificiosos para sorprenderlo con lo insólito. En sus creaciones palpita un estremecimiento de vida auténtica, saturado de la gracia de su ingenio que sabe infundir a cada personaje los rasgos de una personalidad fuerte y definida.

Llama la atención en la creación galdosiana la veta de bondad inagotable que ilumina con una luz que jamás se nubla el ambiente de sus narraciones. No es que desfigure el carácter de los tipos que pinta o los presente en un plano de monótona uniformidad. Por el contrario, en pocos escritores españoles encontramos tan admirables creaciones de carácter como en él,

ni tanta variedad de alma a las cuales confirió toda sesas peculiaridades esenciales de sus temperamentos y del medio social en que vivían. Es posible que este halo de bondad que alienta en las novelas de Galdós provenga en parte de su propio espíritu y en otra parte de la misma raza española, en que alternan, en violentos contrastes, lo grande y sublime al lado de lo ruin y egoísta sin que esto impida que su temperamento de pueblo impresionista lo induzca en el momento de la crisis a reaccionar hacia el bien.

Dominado por su afán de reproducir fielmente la vida, podría decirse que Galdós es un escritor con muy poca literatura, pues no le concedió la importancia fundamental a las formas en el uso del lenguaje, buscando la perfección del estilo. Pero es que su obra no era el producto alquitarado de quien se entretiene en extraer de su cerebro el zumo de fórmulas puramente estéticas. Era, por el contrario, el artista solicitado por la concepción caudalosa que requería urgentes realizaciones. Podrán hacerle cargos los precéptistas del idioma por su absoluta despreocupación en este aspecto de su obra. Pero esta ausencia de alardes estéticos la compensaba con una prosa ágil, graciosa, impregnada de rica substancia vital e iluminada por espontánea variedad de matices humanos que iba desde el frío egoísmo hasta la más efusiva y cálida ternura. Su mundo está descrito en un lenguaje sencillo y sabroso, estallante de pasión a ratos y luego suavizado por una emoción capaz de endulzar las más terribles tormentas humanas.

Como en el caso mitológico de Anteo, a Pérez Galdós le basta con acercarse a su tierra y a las tradiciones y episodios que ennoblecieron la vida de sus habitantes, para encontrar la fuerza de sus magníficas creaciones. El mismo lo dice en alguno de los prólogos que le puso a sus novelas. El conocimiento efectivo y próximo, íntimo pudiera decirse de las clases populares, le permitió describir la vida del pueblo madrileño con toda su gracia colorida y su pintoresco sabor típico; esta misma

comprensión del alma de la raza le facilitó el camino para resucitar alrededor de un hecho histórico, a los hombres que sentían correr por sus venas la sangre española y a los cuales su imaginación y su talento prodigioso arrancó de la bruma pretérita para infundirles una vida apasionante. No se pudo equivocar en la personalidad de sus héroes porque en cada uno de ellos palpitaba el corazón de España, la fisonomía espiritual de un pueblo a quien él conocía en sus más íntimas y sorprendidas mudanzas emocionales.

Leyendo a Galdós, al punto se advierte el inagotable caudal de bondad que albergaba su corazón. El amor, la ternura, esencias humanas que rezuman emoción, le salían al encuentro con reiterada frecuencia. Así en el caso del ciego Almudena y su ensueño junto a la señá Benina. Y en el Pablo y Mariane-la, y en el de Luisito de Miau y en tantos otros de sus innumerables personajes. Los malos nunca llegan en la obra de Galdós, a ser malos contumaces. Hay un instante en que la grandeza de un alma se proyecta hacia ellos como una agua fresca y maravillosa que los transforma. En Juliana, la nuera de la señora Paca, comprobamos esta afirmación. La bondad, la generosidad sublime de Benina la confunde, le toca esa misteriosa zona que es siempre igual en lo profundo; el alma española. Avergonzada y humilde es entonces ella quien va a pedir ayuda a una mendiga, que posee la riqueza suprema de un gran espíritu.

Y ¿qué decir del derroche de gracia que Galdós prodiga, así como un millonario rumboso sus monedas de oro, en los variadísimos incidentes de sus Episodios Nacionales? Allí está de nuevo en otros aspectos interesantes el alma hispana con su tozudez, con su pasión cerrada y su abnegación patriótica que no reconoce límites. «Medio Hombre», nos hace llorar y reír cuando nos cuenta los detalles de la batalla de Trafalgar desde su comienzo hasta la muerte de Churruca. Así Araceli el imper-

turbable héroe de «La Batalla de Los Arapiles» o aquel voluntario realista cuya imagen no se olvida jamás.

Galdós, viajando de pueblo en pueblo en carro de tercera, alternando con las gentes humildes en los actos más expresivos de su vida, se saturó del alma de su tierra. Y entonces, al evocar a cada una de esas imágenes en el sitio donde las conoció, no le fué difícil situarlas en el ambiente en que sus vidas se desarrollarían fácilmente en el mundo de sus novelas. De este modo, desde aquellas páginas de «La Fontana de Oro», hasta las últimas que dejara sin publicar cuando la muerte vino a hacer descansar su mente genial, no hizo otra cosa que describir la vida de su pueblo, pintándolo en todos los múltiples aspectos que él le conoció en lo profundo.

En el génesis y en la trayectoria de la obra de Galdós palpitan las esencias más puras y autóctonas del alma española. Es que al amar a su tierra y a su raza, se sintió viviendo en cada uno de sus personajes, Y viviendo en el corazón de ellos, se quedó para siempre.